

Vidas desde la de Publicola hasta la de César, añádanse Polybio (trad. cast.) Appiano (trad. franc.) Cicerón: de la República (trad. esp.) Salustio (íd.) César (íd.) Suetonio (íd.) Y entre los modernos: *Michelet* Hist. Rep. rom. Los Romanos (col. Oncken tr. esp.) Cartago (col. hist. de las naciones, trad. esp.) *Boissier: Ciceron et ses amis*, á más de todos los citados en la Bibliografía anterior.



EL IMPERIO.

(30 ANTES DE LA E. V. Á 476 DESPUÉS DE LA E. V.)

Subdivisiones: 1ª El Imperio pagano.—2ª El Imperio cristiano.

IMPERIO PAGANO.

(30 ANTES DE LA E. V. Á 333 DESPUÉS DE LA E. V.)

I.

LOS JULIOS Y LOS FLAVIOS.

(30 a E. V.—96.)

1.—Las instituciones nuevas.—2.—El reinado de Augusto.—3.—El Siglo de Augusto.—4.—Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón.—5.—Los Césares efimeros.—6.—Los Flavios: Vespasiano, Tito, Domiciano.

1. *Las nuevas instituciones.*—Octavio, dueño del mundo, no resucitó la realeza; la *respublica* que quería decir *el Estado*, sobrevivió al naufragio de la antigua constitución, mas se encarnó en un hombre por delegación soberana de los poderes constituyentes, *el Senado y Pueblo Romanos*; ellos conferieron á Octavio *legalmente* los poderes que César había ejercido *de facto*. Primero el *imperium* ó mando supremo del ejército; á este *imperium* iba añadida *la potestad proconsular* que era el gobierno absoluto de las provincias, como delegante en las imperiales, como inspector supremo en las senatoriales. Segundo, *la potestad tribunicia*, perpetua é ilimitada, que convertía al *príncipe*, éste era uno de los títulos oficiales de Octavio, en persona *sacrosanta* é inviolable y en *reos de lesa-majestad* á cuantos le ofendían; esa potestad le confería la presidencia del Senado y la iniciativa de las leyes.—Tales eran las bases esenciales del poder imperial; con esas dos supremas magistraturas republicanas se habían conferido al emperador otras como la *prefectura de las costumbres* (antigua censura) que asignaba á todos su puesto en la ciudad y *el sumo pontificado* que lo hacía jefe del culto.

Todo, pues, halagaba el instinto conservador del pueblo romano; las magistraturas subsistían y Octavio hizo la comedia de aparecer como obligado á aceptarlo todo y por añadidura los títulos de Augusto, que hacía de él una persona sobrehumana, y de Padre de la Patria. Pronto Augusto tuvo altares y templos, como que era *el genio del imperio*.—El emperador administraba por medio de un consejo (*concilium principis*) compuesto de sus amigos, parientes y algunos Senadores, y asesorado por jurisperitos (*prudentes*); las decisiones del *concilium* tuvieron fuerza legal.—El segundo personaje del imperio era el *prefecto del pretorio*, jefe de la guardia imperial compuesta de cohortes pretorianas, con jurisdicción en toda Italia, y jefe al mismo tiempo del orden ecuestre. Había, además, otros empleados de importancia, y entre ellos, los *cónsules*, sin poder alguno, conservados como reliquia histórica; solían los príncipes hacerse nombrar *cónsules*. Augusto, por un acto gracioso de su voluntad, cedió al Senado el gobierno de las provincias que no necesitaban guarnición, pero conservando sobre todas su poder y vigilancia; por lo que pudiera inducir en error el nombre de *dyarquía* (usado por los prof. alem.) para caracterizar el primer período imperial, es decir, gobierno de dos, el príncipe y el Senado.—En realidad lo compartido era la administración, no el gobierno supremo.—Las provincias *senatoriales* estaban gobernadas por procónsules sorteados entre los Senadores, y ayudados por sus cuestores ó legados. Las *imperiales* estaban gobernadas por los *legados de Augusto* que duraban más tiempo que los senatoriales y recibían un honorario fijo; de aquí resultó lentamente la suspensión de la expoliación de las provincias. Tanto Italia, que era una especie de provincia privilegiada, como las demás, conservaron sus municipios más ó menos autónomos, y cuando se estableció solemnemente la religión política que se llamó *culto del emperador*, los municipios provinciales enviaron sus delegados á una especie de consejo anfictiónico que se reunía para cuidar del culto nuevo, y estos consejos provinciales tenían derecho de elevar sus representaciones al emperador y de inculpar ó encomiar á los gobernadores; era pues un embrión de cuerpo político. A esto agréguese la organización definitiva del ejército permanente y la de la hacienda pública; ésta quedó distribuída entre el erario del Senado (*saturni*), el tesoro militar y el *fisco* ó tesoro privado del César, alimentados por numerosos impuestos que fueron repartidos, teniendo en cuenta los resultados del *cadastro* ó registro de la propiedad raíz y del *censo* ó recuento de habitantes practicado en todo el imperio; esto hace comprender la importancia del cambio que Augusto realizó.— Toda esta suma de autoridad se renovaba en cada reinado, en conjunto, por medio de un Senado-consulta aclamado por el pueblo, que se llamaba *lex de*

imperio (*Vespasiani*, por ejemplo). La reducción fragmentaria que queda de esta especie de constitución imperial, encontrada en una tabla de bronce en Roma en el siglo XIV, has ido impropriamente llamada *lex regia de imperio*.

2. *El reinado de Augusto*.—Augusto consolidó y extendió las fronteras imperiales é hizo pasar la unificación del imperio de la teoría á la práctica. Para lo primero sostuvo varias guerras: en España contra los montañeses del Cantábrico, que costó á Agrippa trabajo someter; contra las tribus germánicas; en esta guerra se distinguieron los dos hijos de Livia, la tercera esposa de Augusto, Tiberio y Druso. Este último pasó de la frontera del Rin al Elba, y cuando murió, su hermano renovó la expedición; pero Varus, el oficial encargado de romanizar la Germania (obra que por desgracia inmensa para la civilización no pudo llevarse á cabo) provocó con sus desmanes una terrible insurrección acaudillada por el heroico Hermann (Arminius), en la que Varus pereció con las legiones (9 antes de la E. V.) Agrippa y Tiberio se encargaron de someter á los panonios y los dálmatas, y después de siete años lo logró el último, acompañado de su sobrino Germánico, el bravo y popular hijo de Druso.—Varias expediciones en Asia (en Arabia feliz y en Armenia) y en Africa, en donde Petronio se apoderó de la capital de los etíopes, Napata, se verificaron también por entonces.

La unificación del imperio no sólo adelantó con la mejora del régimen administrativo, sino con la fundación de colonias en las provincias, como Hispalis (Sevilla), Pax Augusta (Badajoz) y Emerita (Mérida), en España; Augusta Vindelicorum (Augsburg), en Baviera, etc., con el establecimiento de una red admirablemente combinada de vías de comunicación, y con los numerosos viajes del emperador á las provincias.—Roma, como era natural, aprovechó, en primer término, de la prosperidad y la paz general, por la multiplicación de edificios riquísimos en honor de los dioses destinados á diversiones populares ó de pública utilidad.—Para desarrollar su programa político, militar y financiero, Augusto contó con colaboradores de primer orden como Agrippa, hombre de obscuro nacimiento y de grandes cualidades, que fué el que organizó los ejércitos y flotas imperiales, el verdadero vencedor de Actium, el organizador de la administración del imperio y á quien Augusto casó con su hija Iulia, de impura memoria; y Mecenas, el consumado diplomático que solía gobernar el imperio en ausencia de su patrón, y que atrajo, en derredor de las nuevas instituciones, á los poetas y pensadores de su tiempo.—Por el año decimocuarto, después de la E. V., murió Augusto; su familia directa había casi desaparecido, y se vió obligado á adoptar, designándolo así para el imperio, á Tiberio, hijo de su esposa Livia, con la condición de que, á su vez,

adoptase á Germánico, nieto de su hermana Octavia y de Marco Antonio, y casado con la nieta de Augusto, la primera Agripina. De este modo la sangre del hereúleo amante de Cleopatra iba á ser representada en el trono por Calígula, Claudio y Nerón.— Augusto muerto recibió el nombre de *divus*; su culto, unido al de Roma, tuvo sus templos y sacerdotes. La apoteosis imperial (*caelum decretum*) era una tradición monárquica, y no era en realidad una divinización, sino la colocación del genio imperial entre los númenes protectores de la ciudad, y el reconocimiento de un carácter oficial á los colegios depositarios de su culto eminentemente político. Augusto hizo grabar y distribuir su autobiografía oficial en algunas ciudades del imperio; una de estas inscripciones ha sido encontrada en Asia Menor, en la antigua Ankyra; es un dato precioso para conocer la organización del *principado*.

3. *El siglo de Augusto*.— Imperio romano y paz romana fueron, desde el nacimiento de nuestra Era, sinónimos; el trabajo, el comercio, el bienestar derramados por el mundo bajo los auspicios imperiales, trajeron sobre el imperio la bendición del mundo. La vigorosa centralización creciente ejercida por la capital, hacía de cada municipio una reducción de Roma, con sus clases, sus cultos, sus autoridades calcados sobre los de la ciudad imperial; nunca fué más cierto que la profesión del romano era *regir á los pueblos* (*Tu regere imperio populos romane*). ¿Y cuál era el estado de la sociedad romana? El lujo, hijo de la prosperidad material, había crecido; liberto había, como Pallas, el protector de la madre de Nerón, que tuviese un capital de doce millones de pesos. Nada es esto al lado de las fortunas de nuestros días; pero lo era escandalosamente entonces para un particular. Los palacios, la ostentación, el placer, tomaron inusitada importancia en la vida de las altas clases, que en realidad eran gobernadas por los libertos imperiales; la clase *senatorial*, á que ya pertenecían muchos provinciales y no pocos libertos, era la principal, como siempre, en Roma. Dentro y fuera de Roma, superaba á veces en importancia á la primera la clase de los *caballeros*, riquísima como antaño, y de la que salían los principales empleados administrativos, como los prefectos del Pretorio, de Egipto, etc. Luego las personas que vivían de una profesión, como empleados subalternos, profesores, artistas y artesanos; clientes, por regla general de los ricos, á quienes rendían honores diarios y de quienes recibían una pensión alimenticia, la *sportula*. Debajo estaba la multitud inmensa, cosmopolita, perezosa, que era la clientela del Estado, y que se designa generalmente con el nombre de *panem et circenses*; á ella se consagraban los regalos espléndidos de los triunfos que duraban días enteros; los juegos, sobre todo en los circos, que costaban sumas insensatas. Circo

hubo que podía contener 385,000 espectadores; allí el pueblo se dividía en facciones que tomaban los nombres de verdes, azules, blancas ó rojas del color de las libreas de los cocheros del circo. Los juegos de los gladiadores que luchaban entre sí ó con las fieras, fueron la diversión oficial del imperio; en alguna de estas fiestas, como en la inauguración del Coliseo, se mataron 9,000 fieras, y cuando la *arena* de los anfiteatros se convertía en inmenso estanque, se libraban en ellos verdaderos combates navales (*naumaquias*).— Abajo de todo esto yacían los esclavos, tratados como animales productores y sirviendo para todo, es decir, quitando toda la fuerza viril á aquella sociedad que ya no tenía la guerra para mantenerse sana y vigorosa. Ya veremos, sin embargo, cómo hay exageración en lo que se dice de la incurable inmoralidad social de aquellos tiempos. Los emperadores procuraron moderar el lujo, favorecer los matrimonios, hacer penoso el estado del celibato, y ensalzar la religión. Era en vano; *la transformación no debía venir de las leyes, sino de los sentimientos*.

Pero el imperio, á pesar de todo, seguía su gran misión civilizadora de sembrar la semilla helénica por donde quiera. La unificación del idioma y la de las costumbres era la preparación; el vehículo de la propagación fué la *literatura*.—La hemos visto aparecer en los dos últimos siglos de la República al contacto de los griegos, copiarlos en la poesía y en la historia y sólo manifestarse un tanto original en el drama, en la vivaz y grosera comedia de Plauto y en la atildada y correcta del africano Terencio; esto fué pasajero y pronto el drama se perdió en las farsas vernáculas, como el *mimo* y el *atelano*, ó en las grandes piezas decorativas; los *circenses* impidieron el vuelo de la literatura dramática; la tragedia viva del circo era todo para el romano. Jurisconsultos y oradores, entre los que descuella Caio Gracco, el de la apasionada y espléndida elocuencia, abundaron, pero un gran poeta no lo hubo hasta principios del último siglo y éste, *Lucrecio*, no fué más que un sublime propagador de la filosofía epicureista. Su poema, exposición de un sistema de física, fisiología y moral, á pesar de sus arideces, encierra trozos de una elevación austera, singular y avasalladora. Lucrecio combatía el temor á la muerte que era nada, puesto que era una transformación que dejaba su perpetuo reposo á la personalidad, es decir, el fin del dolor con la disolución de la conciencia; esta doctrina, en aquella sociedad que se desmoronaba, hizo singular impresión sobre ciertas almas selectas. *Catulo*, su contemporáneo, fué el poeta del amor y del odio; amor por Lesbia (seudónimo quizás de Clodia, hermana de Clodius el terrible demagogo, enemigo de Cicerón), odio por J. César y los suyos; talento rico y flexible, empezó imitando á los *alejandrinos* y acabó por

decir en una lengua infinitamente expresiva, sus sentimientos de amor sensual ó sus rencores dolorosos. Pero la figura que domina todo el último período republicano, no es la de un poeta, sino la de un orador, Cicerón, que había recibido todos los dones de la inteligencia. Su talento era como una lira; en que cada cuerda respondía al menor soplo con un sonido rico y rotundo; estas cualidades hicieron de él el hombre más propio para ser, entre los romanos, el introductor y el intérprete por excelencia de la belleza de estilo tan cara á los helenos. Sus obras como retórico, sus exposiciones de la filosofía helénica, sobre todo de la escuela neoplatónica, sus tratados morales, son imitaciones más ó menos cercanas de los griegos; su correspondencia es inagotable mina para la historia de su tiempo; mas lo que ha dejado de verdaderamente personal y admirable son sus oraciones; por ellas Cicerón sube casi al nivel de Demóstenes, porque aunque no llegue á la elevación moral, ni á la fuerza del gran heleno, le supera quizás en variedad y en brillantez (Teuffel). En esta época de Cicerón, los dos nombres más ilustres de la prosa latina son: Julio César, el dominador de aquella república «que no sabía ya dominarse á sí misma,» orador preciso y de gusto exquisito y escritor incomparable por su elegancia, su arte y el carácter objetivo de las historias militares (Comentarios) de que él mismo era el protagonista, y Salustio Crispo que entre otras obras escribió una historia de la conjuración de Catilina, de subido mérito literario; otra de la guerra de Yugurtha, para la que le sirvieron las memorias de Syla, y que es una verdadera obra histórica en el sentido de Thucydides. — Poco se dedicaron los romanos á la literatura en las horas de agonía de la República que sucumbió en Filippus; mas llegó la calma y con ella aparecieron astros de primera magnitud en el cielo del arte, formando como una constelación en derredor del trono de Augusto; estos astros, sin embargo, recibían su luz de la Grecia, que era el Sol. Virgilio, el dulcísimo poeta del *ánima candida* que dijo Horacio, imitador feliz de la poesía alejandrina en sus *Bucólicas*, creador del más perfecto de los poemas didácticos en las *Geórgicas* y de la sola gran epopeya romana en su *Eneida*; Horacio, en quien se aliaron en inverosímil consorcio el sentimiento, la razón y el arte; Tibulo, admirable por la sencillez de su lengua como por el arte consumado de su versificación en sus dulces y apasionados cantos á Delia; Propercio, poeta elegíaco como Tibulo, mas nervioso, obscuro á veces y devoto fiel de los poetas alejandrinos, y Ovidio, el desterrado tan infortunado como adulador, lleno de gracia y de ligereza en todas sus obras y de ternura en sus cantos del destierro (Tristes) son los grandes poetas de la época. Entre los prosistas, Tito Livio nos ha dejado la más completa de las historias de Roma; adorador melancólico de las

virtudes republicanas, hizo de sus obras (que en parte nos han quedado) una tribuna en que mostró su soberano talento de orador, cuando la elocuencia política había muerto para siempre; le sigue en categoría el omnisciente Varrón. Los retóricos, los maestros, iniciaban á las clases ilustradas de Occidente en una constante admirable transcripción de las ideas griegas; de esa manera el alma helénica animaba al mundo latino.

4. *Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón.*— Taciturno, sombrío y duro de corazón, pudo el inmediato sucesor de Augusto ser un gran emperador como había sido un excelente general; administró severa y cuerdate los dineros públicos, mantuvo en las provincias la paz y el bienestar, dejando largo tiempo á los gobernadores en sus puestos, pero vigilándolos sin cesar, como vigilaba personalmente la administración de la justicia. Su hijo Druso se mostraba hábil soldado en las fronteras, y Germánico, el designado para emperador, hacía brillantes campañas en Germania, vengando el desastre de Varus; este joven y popular príncipe murió poco después en Oriente, y la voz pública achacó su muerte á Tiberio, lo que amargó terriblemente al emperador, que dejó á su favorito Seiano, con el pretexto de vengarlo, hacer perecer á la familia de Germánico y adquirir un poder inmenso y ambicionar el trono, para lo que había agrupado á las puertas de Roma á las cohortes pretorianas en un campamento especial. Cuando Tiberio supo que hasta su hijo Druso había sido víctima de Seiano, hizo matar á éste, y retirándose á la Isla de Caprea en el Golfo de Nápoles, llevó una vida de espantosa depravación, sin suspender su empresa favorita de segar los últimos restos del patriciado republicano. Murió en 37 probablemente asesinado.— El gran error de César, luego reparado por Augusto, había sido querer fundar de golpe la realeza; la gran falta de Augusto fué no definir las condiciones de la sucesión imperial; y, como á pesar de la *dyarquía*, el imperio hacía su evolución en el sentido del absolutismo, resultó esa serie odiosa de emperadores ineptos para el bien y á quienes hubiera bastado el poder absoluto para convertir en insensatos. Calígula, el hijo menor de Germánico, salvado por su edad de la garra de Seiano, era un joven epiléptico, en quien el terror y luego el poder produjeron una vesania incurable. Hacer cónsul á su caballo, lanzar un puente sobre el mar, celebrar triunfos de guerras que no habían existido, reemplazar con su efigie la del Júpiter del Capitolio, son, además de atroces crímenes, la obra del emperador que murió asesinado por un oficial republicano en 41.— Mientras el Senado pretendía, no restaurar la oligarquía, sino elegir un nuevo emperador, los pretorianos lo encontraron escondido detrás de un tapiz del palacio; era un hermano de Germánico, y el bufón de la familia de Augusto por su

estupidez, se llamaba Claudio. Dió mucho dinero á los pretorianos y todo el poder á sus libertos, que hicieron enormes fortunas, pero que llevaron á término obras públicas de gran magnitud, como el puerto de Ostia y la desecación del lago Fucino, comenzaron á humanizar la legislación respecto de los esclavos, dejando al emperador, erudito é imbécil, que hiciese discursos en el Senado, como el que se conserva en las tablas de bronce de Lyon que ha ilustrado los orígenes de Roma. Claudio tuvo por mujer á Mesalina, modelo proverbial de impudor é infamia; los libertos lograron hacerla perecer, y uno de ellos, Pallas, dió por mujer al emperador á Agripina, hija también de Germánico. Esta mujer corrompida, mas de superior inteligencia y viril carácter, obligó á Claudio á designar como sucesor á Nerón, hijo de Agripina, privando de este honor á su propio hijo Británico. Cuando hubo hecho esto, Claudio para nada servía ya y Agripina lo hizo envenenar. Según Séneca, fué convertido á su muerte no en dios, sino en calabaza.

El año de 54 subió al trono Nerón, adolescente de diez y siete años, que por herencia era perverso y por educación declamador y falseador de todo sentimiento y de toda verdad; era discípulo de Séneca, notable moralista, pero retórico hasta el fondo del alma. Hijo de Domicio Ahenobarbo, vástago de una prosapia de patricios rapaces y crueles, y de Agripina, descendiente por su madre del padre de Tiberio, Claudio Nerón, del padre de J. César, y de Marco Antonio, su sangre reunía todas las perversidades, y su sistema nervioso todas las propensiones al delirio que durante siglos se habían almacenado en muchas generaciones de epilépticos, de hombres de genio, de soldados implacables y de apasionados gigantescos. Nerón fué un malvado que cubría con frases retóricas sus crímenes, y sus desórdenes inexpresables con sus triunfos de cantante; su temperamento lo asemejaba al de muchos *realistas* y *decadentistas* de la literatura actual por la insaciable avidez de sensaciones nuevas que nunca llegaban en él á la emoción, como no fuera al oír los aplausos que los griegos le tributaban en los teatros y los circos; era un malvado que, transportado por la fortuna al trono del mundo, fué *el malvado*, el tipo del mal absoluto, á quien ni el espíritu de burla faltó quizás.—Una de las frases que ha impuesto á la posteridad, fué la del *quinquenio feliz*, cinco años de bondad que son mentira; durante ese quinquenio, instigado por sus preceptores Séneca y Burrus, quiso emanciparse de la tutela de Agripina que era en realidad el emperador; la madre furiosa lo amenazó con hacer reconocer á Británico por el Senado, y Nerón hizo envenenar al hijo de Claudio y Mesalina y luego persiguió á su madre hasta hacerla asesinar, gozándose en contemplar el cadáver desnudo de la que lo había hecho emperador. Luego, mientras sus

generales ganaban en Oriente triunfos sobre triunfos y Corbulón sometía la Armenia y daba la ley á los Parthos y las provincias vivían contentas y libres las ciudades, Nerón espantaba á Roma con sus crímenes y hacía oír al pueblo *su voz divina*.—El año de 64 un terrible incendio devoró á Roma; el pueblo hambriento y desesperado culpó injustamente á Nerón; el emperador, quizás instigado por los judíos (verdaderos autores de las dos primeras persecuciones) que tenían en el séquito de Poppea, la mujer entonces de Nerón, gran valimiento, incriminó á unos disidentes ó herejes del judaísmo que desde los tiempos de Claudio pululaban en los barrios populosos de Roma, haciendo prosélitos entre los esclavos y los miserables; manifestaban también su odio á los dioses, profetizando la conflagración inminente de Roma y el mundo; del nombre griego de su maestro, crucificado en Jerusalem, se llamaban *cristianos*. Eran inocentes; los grandes escritores contemporáneos lo han reconocido, pero merecían un castigo, agregaban despiadados, porque odiaban al género humano (Tácito). Nerón hizo matar centenares de cristianos, hombres y mujeres, ancianos y niños, haciéndolos representar en el circo abominables farsas que se desenlazaban con la muerte, ó untándolos de azufre y quemándolos como antorchas, á cuya luz siniestra se destacaba, entre un grupo espléndido de cortesanos y sacerdotes y vestales, aquel artista grueso, de pelo rojo, que se servía de una lente tallada en una esmeralda para apurar todos los detalles de la agonía de las pobres víctimas desnudas y estáticas. La sociedad cristiana guardó en la memoria aquella visión espantosa, y Nerón fué para ella el gran enviado de Satanás sobre la tierra para luchar con el Cristo; fué el *antieristo*.—Ya era tiempo de que desapareciera; uno de los gobernadores de España, Galba, y otro de las Galias se sublevaron: Roma se conmovió también; Nerón huyó, y creyéndose perdido se hizo matar por un esclavo: *¡Qué artista muere!* exclamó al expirar (68). Tenía treinta años. Muchos, y entre ellos los cristianos, no creyeron en su muerte; por largo tiempo afirmaron que iba á reaparecer en Oriente.

5. *Los emperadores efímeros*.—Galba, anciano patricio de ideas rectas, fué el nuevo emperador; sus conatos de disciplinar al ejército y de economía le trajeron el odio de los pretorianos, en los que ejercía decisivo influjo un antiguo compañero de orgías de Nerón, Othón, el primer marido de Poppea. Los pretorianos mataron á Galba, proclamaron emperador á Othón y marcharon al N. de Italia al encuentro de las legiones del Rhin que habían proclamado emperador á Vitelio, legado imperial de la Galia inferior; Othón, vencido, se suicidó y Vitelio subió al trono.—Era este un hombre apenas; era más bien una máquina de comer y vomitar; el imperio era para él un festín; ingurgitaba

y degurgitaba ó dormía mientras el imperio se incendiaba. Los pretorianos habían enseñado á los soldados el secreto de hacer emperadores, y cada grupo de legiones quiso tener el suyo; las de Siria proclamaron á su jefe Vespasiano, que se ocupaba en ahogar en sangre una insurrección política y religiosa que había estallado en Judea; las legiones ilíricas secundan el movimiento, penetran en Roma sublevada, el populacho se defiende, es incendiado el Capitolio en la lucha y Vitelio, que se había fugado con su cocinero, es despedazado y arrojado por las cloacas al Tíber (69). En año y medio habían pasado tres emperadores por el trono.

6. *Los Flavios: Vespasiano; Tito; Domiciano.*—Con T. Flavio Vespasiano, hijo de un campesino de la Sabina, cesa la espantosa mascarada que con Calígula había comenzado y que había tocado á su apogeo con Nerón, el olímpico, el ístmico, el pítico, cuya *voz sagrada* bendecían las multitudes en los circos de Grecia é Italia; Vespasiano procuró hacer estable la cosa pública y después hacer prosperar el imperio (Suetonio). Sus obras de más trascendencia fueron: la renovación del Senado con los jefes de las familias más dignas de las provincias (de España, sobre todo, que recibió entera el *derecho latino*), atraídos á Roma, colmados de honores y encargados de colaborar en la obra imperial, y la fundación de numerosas colonias flavianas. Avaro como era, el emperador gastó, sin embargo, sumas fabulosas en la restauración del Capitolio y en la construcción del *Anfiteatro Flavio*, inmenso edificio que, por estar cerca de una estatua colosal que Nerón se había erigido, dió el pueblo en llamar *Colosseum* (hoy Coliseo).

Los germanos de Batavia y del Rhin se habían puesto en movimiento, y animados por una profetisa, Véleda, habían obtenido algunos triunfos é intentaban fundar en las Galias un imperio germánico; exceptuando el jefe bávaro Civilis, los demás perecieron.—Desde el golpe de muerte dado por Pompeyo al reino judío de los ashmoneos, los príncipes de esta dinastía se habían visto poco á poco suplantados por otra originaria de Idumea, la de los Herodes, bajo los auspicios de los Césares; Herodes el Grande obtuvo de los dueños del mundo la diadema, reparó el Templo, restauró á Samaria bajo el nombre de Augusta y vivió en medio de los horrores y escándalos de una corte oriental; después de su muerte se abre un período de anarquía que obligó á los romanos á convertir en provincia la Judea; pero hacía largo tiempo que una agitación moral y religiosa dominaba allí los ánimos; las ideas mesiánicas habían tomado proporciones extraordinarias; los profetas, los taumaturgos, los bautistas anunciaban *la proximidad de los tiempos*; la mala administración de los procuradores imperiales hizo al fin estallar la revuelta. Vespasiano dejó

á su hijo Tito el cuidado de reprimirla, y éste, ayudado de las incurables divisiones de los sectarios judíos que se batían entre sí al mismo tiempo que con los romanos, se apoderó de la ciudad y arrasó el Templo después de uno de los sitios más sangrientos de que hace mención la historia.—Tito sucedió á su padre en 79 y se mostraba bondadoso, según parece; pero murió bien pronto (81) dejando el trono á su hermano Domiciano. Quince años duró el reinado del último de los Flavios, el perseguidor de los estoicos (desterró á Epicteto y Dion Crisóstomo, dos inmaculados apóstoles) y de los cristianos que ya contaban prosélitos hasta en la familia imperial; protector siniestro de la religión, hizo enterrar viva á una vestal culpable; inflado de vanidad, fué amigo de un poeta finísimo, Marcial, y de otro que era el primero entre los de segundo orden que Roma ha producido, Estacio, ambos infames aduladores de Domiciano á quien Juvenal llamó *el Nerón Calvo*. La delación era la gran profesión de aquel tiempo, y eso se explica, porque en el emperador la crueldad estaba en relación con el miedo; una conspiración tramada en el mismo palacio imperial acabó con Domiciano el año de 96.

II.

LOS ANTONINOS.

1.—Nerva y Trajano.—2.—Hadriano, Antonino.—3.—Marco-Aurelio y Commodo.—4.—La sociedad pagana.—5.—La iglesia cristiana.

1. *Nerva y Trajano.*—El Senado, que desde que Tiberio suprimió los comicios había reasumido el supremo poder electoral, al saber que Domiciano había sido asesinado por un esclavo suyo, nombró á uno de sus miembros emperador. La elección no había sido prudente; por fortuna sí recayó en un anciano, este anciano era Nerva, que no sólo hizo cesar el régimen de terror establecido por el último Flavio, sino que designó por su colega y sucesor á M. Ulpius Traianus, que era, sin duda, el más conspicuo de los generales del imperio. En 98 murió Nerva, y Trajano fué á Roma, entró en el palacio imperial como un simple particular con su esposa Plotina é inauguró la Era de los Antoninos, la *edad de oro* de la historia de Roma.—El nuevo César, primer provinciano que ocupaba el trono, había nacido en España, en esa Itálica que había de cantar muchos siglos después en admirable silva Rodrigo de Caro, y pertenecía á una de las honradas y sanas familias de provincia aclimatadas en los honores más altos del imperio por Vespasiano. El Senado se sintió ro-